

Universitat Oberta de Catalunya

Máster universitario de Humanidades:  
Arte, Literatura y Cultura Contemporáneas

Trabajo de investigación

# Dile a papá

## Relectura crítica del caso Dora

Mónica Herranz Martín

TUTOR:  
Prof. Josep Anton Fernàndez

Curso: 2022/2023, primer semestre





## **Resumen**

El caso Dora no sólo supuso uno de los primeros retos clínicos en solitario de Sigmund Freud sino, también, el anticipo de cuestiones cuya controversia aún late más allá del circuito psicoanalítico. El deseo, la diferencia sexual de la que el cuerpo es repositorio, así como las identificaciones simbólicas resultantes, constituyen hoy inevitables objetos de debate que interpelan a diversos sujetos y requieren de la colaboración de múltiples disciplinas.

Sin embargo, y a pesar de su vigencia temática, la prematura atención clínica de Dora en relación al desarrollo del corpus psicoanalítico posterior, así como la distancia que nos separa del contexto histórico en el que tuvo lugar, precisa de una relectura crítica que nos permita, por un lado, sacar a la luz del discurso los anclajes teóricos no tematizados en el fragmento que Freud publicó en el año 1905 y, por el otro, medir su validez a partir de propuestas conceptuales nacidas al abrigo de la teoría feminista y los estudios de género, saberes que, con mayor centralidad, sistematicidad y prolijidad, se han ocupado de problematizar las disputas identitarias que la sexualidad trae consigo, así como de denunciar el carácter contingente pero constituyente de sus inercias sociales, culturales y políticas.

## **Palabras clave**

*Inconsciente, histeria, diferencia sexual, feminidad, deseo.*



## Contenido

<b>1. Introducción</b>	<b>9</b>
1.1. Introducción, objetivos, justificación y estructura	9
1.2. Estado de la cuestión	10
1.3. Metodología	16
<b>2. Desarrollo</b>	<b>17</b>
2.1. Me llamo Ida. Introducción a <i>El caso Dora</i>	17
2.1.1. Traigo malas noticias. <i>Complejo de Edipo, pulsión, represión, inconsciente</i>	18
2.1.2. Ça n'empêche pas d'exister. <i>Histeria</i>	21
2.1.3. Fuego camina conmigo. <i>Los sueños de Dora</i>	24
2.2. Sexo, luego existo. Introducción a la <i>diferencia sexual</i>	28
2.2.1. Eres diverso, eres perverso. <i>La sexualidad polimorfa originaria.</i>	29
2.2.2. ¿Acaso soy una mujer? <i>Feminidad</i>	31
2.2.3. No sufras, Judith. <i>El género melancólico</i>	33
<b>3. Conclusiones</b>	<b>35</b>
<b>4. Anexos</b>	<b>37</b>
<b>5. Bibliografía</b>	<b>41</b>



Un no inconsciente no existe<sup>1</sup>, Sigmund Freud

Nunca se renuncia al deseo, sino que éste es preservado y reafirmado en la estructura misma de la renuncia<sup>2</sup>, Judith Butler

Libertad es buscar lo que no ha nacido,  
pero también acogerse a sus límites<sup>3</sup>, Itziar Ziga

That silver haired daddy of mine<sup>4</sup>, Jimmy Long

---

1 (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 98)

2 (Butler, Mecanismos psíquicos del poder , 2019, pág. 92)

3 (Ziga, 2009, pág. 92)

4 Verso de la canción de Jimmy Long del mismo título.





# 1. Introducción

## 1.1. Introducción, objetivos, justificación y estructura

La tematización de la diferencia sexual, así como las identidades de ella resultantes, se ha convertido en un elemento discursivo central que, por un lado, supone una unidad de sentido constituyente que catapulta diversas luchas sociales contemporáneas y, por el otro, una categoría polémica por cuanto tiene de monolítica y de excluyente. En este sentido no podemos desdeñar el potencial político y emancipador que los artefactos conceptuales derivados de la sexualidad han traído consigo, pero tampoco ignorar la imposibilidad de abarcar con ellos la complejidad de la subjetividad.

Tanto el psicoanálisis como la teoría feminista y los estudios de género se han ocupado de la diferencia sexual, sin embargo, lo han hecho con atenciones temáticas, metodológicas e implicaciones sociales, culturales y políticas divergentes entre sí. El psicoanálisis indagó en una subjetividad falible de la que extrae la teoría del *inconsciente* cuya existencia es el resultado de la represión, ejercicio psíquico que actúa sobre vivencias íntimamente relacionadas con un trauma originario en el que la diferencia sexual juega un papel primordial. Por su parte, la teoría feminista y los estudios de género han denunciado el sometimiento homogeneizador que se esconde tras la construcción interesada del binomio de la sexualidad y, por tanto, en la condición no esencialista de los géneros derivados del dimorfismo sexual anatómico. A pesar de compartir objeto de estudio, inclinación crítica y haber dialogado intermitentemente a lo largo de sus respectivos desarrollos teóricos, psicoanálisis, por un lado, y teoría feminista y estudios de género, por el otro, conviven, en ocasiones, desde una verticalidad asíntota que pervierte la posibilidad de un fructífero diálogo interdisciplinar.

El psicoanálisis pone fin a la ilusión de la mismidad del individuo a través del descubrimiento del *inconsciente* y con ello, a la ambición de una identidad cerrada la cual, cabe añadir, se antoja imposible. Por otro lado, dicho *inconsciente* es desvelado a partir del intento de explicar el cuadro sintomático de las pacientes histéricas prescindiendo de los límites que el positivismo médico imponía. En este sentido, el caso Dora, que encierra el paradigma mismo de la *histeria* tal y como la tematiza el psicoanálisis, deviene pertinente objeto de estudio con el que explicitar la teoría psicoanalítica subyacente y problematizarla con herramientas extraídas de la teoría feminista y los estudios de género, reabriendo, así, un diálogo inconcluso que goza de vigencia temática, interés intelectual y aplicación práctica. Para ello la modesta investigación que el presente trabajo pretende abrir, y después de hacer referencia al estado de la cuestión, la reflexión se divide en dos apartados diferenciados.

El primero de ellos está exclusivamente dedicado a la descripción del caso Dora. En dicha sección se pone de manifiesto la descripción freudiana de la *histeria*, la cual lleva, necesariamente, a explicar los conceptos de *represión*, *inconsciente*, *pulsión* y *complejo de Edipo*, así como las *estructuras psíquicas* que resultan del paso por el mismo. Por otro lado, y en la medida en que con el caso Dora Freud no sólo busca una aplicación clínica de su teoría

sino también testear su recién estrenada interpretación de los sueños, se describen los dos sueños que Dora compartió en el transcurso de su análisis y una síntesis de la teoría onírica implicada. Dada la existencia de un deseo sexual reprimido, el primer sueño nos llevará a una reflexión en torno a la tensión entre el placer y el peligro, para ello se utilizará la tesis que Carol S. Vance dilucidó al respecto de dicha tensión. Por último, y a partir de las conclusiones que Freud extrae del segundo sueño, se expondrá la lectura alternativa que, sobre el caso Dora, llevó a cabo Jacques Lacan.

En el segundo apartado se estudia la *diferencia sexual* inevitablemente presente en el corpus psicoanalítico freudiano general y en el caso Dora en particular, así como la *disposición sexual polimorfa* que se desprende de *Tres ensayos sobre teoría sexual*. A continuación, se describirán los matices de la *perversión sexual*, así como la diferencia entre ésta y la estructura perversa. Por otro lado, y al hilo de la tesis de la *predisposición bisexual originaria*, se lleva a cabo una breve genealogía de la deriva homófoba que cierto sector del psicoanálisis propició. A pesar del polimorfismo sexual de partida, en la medida en que la operatividad del Edipo depende de la efectividad del par masculinidad – feminidad vinculado a la actividad y pasividad respectivamente, se problematiza, por un lado, dicha vinculación y, por el otro, la disimetría simbólica y práctica que la introducción de la *fase fálica*<sup>5</sup>, formulada con posterioridad al caso Dora, supone para la “mujer”<sup>6</sup> anatómica. A partir de dicho análisis se expone la cuestión de la *feminidad* freudiana que se sigue de los postulados anteriores. Por último, y en la medida en que da cuenta de la contradicción entre la disposición originaria bisexual y la operatividad edípica heterosexual, se trae a colación la teoría del *género melancólico* que Judith Butler esboza en *El género en disputa* y para la cual se sirve de las reflexiones del texto *Duelo y melancolía*, de Freud.

Tras el contenido doble del trabajo, se reserva un apartado para conclusiones generales y se añaden los anexos, así como la bibliografía utilizada.

## 1.2. Estado de la cuestión

Psicoanálisis, teoría feminista y estudios de género se inscriben dentro de una tradición intelectual que es, por un lado, heredera de la modernidad y de su voluntad de autonomía y, por el otro, delatora del incumplimiento de sus proclamas emancipatorias e igualitaristas. Por otro lado, y teniendo en cuenta que la modernidad encumbró la razón humana como herramienta capaz de captar una hipotética esencia del mundo, las disciplinas convocadas demuestran “la imposibilidad de que la razón logre dar cuenta de la totalidad de los problemas que se le plantean al ser humano (...), permita el control de las fuerzas naturales y sociales y de las propias pulsiones (...) y, a su vez, alcanzar un progreso indefinido y la felicidad” (Tubert, *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios*, 1995, pág. 9). En este sentido, y en tanto que demuestran los límites de la herencia

---

5 Dicha noción, formulada por primera vez en *El sepultamiento del complejo de Edipo*, es contextualizada y explicada con mayor detalle en el apartado 2.2.2.

6 Término entrecomillado por considerar que encierra una complejidad no reducible a la anatomía, aunque aquí se haga referencia a la materialidad genital.

recibida, el psicoanálisis, la teoría feminista y los estudios de género se sitúan en la dimensión del pensamiento crítico. Desde su inconformismo teórico dichas disciplinas han socavado los cimientos de la sociedad contemporánea modificando la manera en que el ser humano se percibe a sí mismo y, en consecuencia, la forma en que habita el mundo y actúa en él.

En el seno del feminismo, y en los comienzos de su andadura como disciplina teórica y práctica social, surgen dos debates que el psicoanálisis secunda. El primero es aquel que tiene que ver con la sexualidad femenina y, el segundo, el que ahonda en su significación política. Con respecto al primero, y partiendo de la herencia de la feminidad burguesa victoriana, el feminismo se levanta contra este yugo abogando por una “libertad sexual que apartara a las mujeres de su función reproductiva aparentemente responsable de su discriminación en el ámbito público” (Tubert, *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios*, 1995, pág. 10) para conseguir, así, una mayor participación en la esfera colectiva.

Aunque el psicoanálisis freudiano contaba con el interés hacia la sexualidad femenina desde su origen en la medida en que su nacimiento está íntimamente ligado al tratamiento de la *histeria*, la centralidad de la sexualidad femenina por parte del feminismo reactivó el interés por esta cuestión en el seno de la teoría psicoanalítica<sup>7</sup>. Algunas mujeres como Edith Jacobson, Annie Reich, Helene Deutsch o Karen Horney comienzan a estudiar psicoanálisis por cuanto tenía de rupturista con respecto a la tradición de la sexualidad propiciando, con ello, la revisión por parte de Freud de alguno de sus postulados. Paradójicamente, esta renovada atención hacia la sexualidad femenina trae consigo la articulación de la noción *fase fálica* en virtud de la cual la simetría en el desarrollo sexual infantil de la que, hasta ese momento, gozaban ambos sexos, se rompe quedando la sexuación supeditada al *falo (complejo de castración)* o a su ausencia (*envidia de pene*). El *falocentrismo* inherente a esta nueva formulación no tarda en despertar críticas que, si bien ponen de manifiesto un escollo del que el psicoanálisis aún no ha conseguido escapar, obvian la dimensión histórica y simbólica de la diferencia sexual y derivan en posiciones esencialistas de las que “Freud había intentado explícitamente apartar al psicoanálisis” (Tubert, *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios*, 1995, pág. 12). Prueba de ello es la propuesta de una sexualidad originaria polimorfa expuesta en *Tres ensayos sobre teoría sexual* de la que se desprende que el hombre y la mujer no nacen sexuados, sino que devienen tales. La *diferencia sexual*, en tanto que producto de una operación simbólica, no es un hecho natural del que se extraigan correspondencias subjetivas, identitarias o desiderativas a partir de datos anatómicos.

Con respecto al segundo punto, esto es, la significación política del psicoanálisis cabe destacar la obra de Wilhelm Reich<sup>8</sup>, representante de la

---

<sup>7</sup> Dan cuenta de este interés tanto *El sepultamiento del complejo de Edipo* publicado en 1924 como *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* publicado un año después.

<sup>8</sup> Médico y psicoanalista austríaco, autor de *Psicología de masas del fascismo*, publicado en 1933.

izquierda freudiana que pretendió vincular el conflicto psíquico *inconsciente* con el malestar cultural, y el interés de Otto Fenichel<sup>9</sup> por inaugurar una vertiente política dentro de la teoría psicoanalítica que sirva como fundamento de una crítica social radical. Ambos teorizaron, también, sobre la sexualidad; el primero para postular una sexualidad absolutamente libre que surgiera como consecuencia de la resolución un conflicto psíquico subyacente ocasionado por la opresión social, y el segundo atiende a la sexualidad en toda su complejidad evitando caer en la distorsión de comprender el *inconsciente* como mero efecto de la sociedad opresiva. En la década de los años cuarenta y los años cincuenta proliferaron publicaciones sobre sexualidad femenina en toda la literatura psicoanalítica entre las que podemos destacar la de Marie Bonaparte<sup>10</sup> y Helene Deutsch<sup>11</sup>. Después de la primera ola feminista centrada en el *sufragio universal* y antes de la eclosión de la revolución sexual de los años sesenta, así como la teoría de género resultante, Simone de Beauvoir publica *El segundo sexo* en el que, por cierto, referencia y secunda alguna de las tesis defendidas por Helene Deutsch<sup>12</sup>. Con la formulación de la máxima “no se nace mujer: se llega a serlo” (Beauvoir, 2005, pág. 341) Beauvoir postula el género<sup>13</sup> no como un destino biológico ineludible sino como un artificio sociocultural que desvela el carácter contingente de la construcción de la *feminidad*. Sobre este suelo recientemente abonado se erigen las tesis de Betty Friedan<sup>14</sup>, Kate Millett<sup>15</sup> y Shulamith Firestone<sup>16</sup> quienes, si bien no dejan de poner en alza el aporte freudiano a la cultura, elaboran una crítica frontal a los postulados psicoanalíticos en torno a sexualidad femenina por considerar que, los mismos, están contruidos sobre un prejuicio androcéntrico.

Como consecuencia de las diversas vías por las que el psicoanálisis se extiende en Estados Unidos y Europa, resultan diferentes interpretaciones de la teoría psicoanalítica. En América el ejercicio de la terapia psicoanalítica estaba reservado a los médicos quienes, por razones sociales derivadas del reparto desigual de la vida doméstica y profesional, eran, en su mayoría, hombres que, por herencia positivista, trabajaban desde una perspectiva de control adaptativo del yo frente a los impulsos inconscientes. En Europa, sin embargo, la promoción del psicoanálisis no llega por la vía médica sino por la filosófica y político-cultural, hecho que facilita una interpretación que acoge el *inconsciente*. Como consecuencia de las distintas ópticas desde

---

9 Psicoanalista austríaco de segunda generación, autor de *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, publicada en 1945.

10 *La sexualidad de la mujer*, publicado en 1942.

11 *La psicología de la mujer*, publicado en 1945.

12 Véase capítulo titulado *Infancia* incluido en *La experiencia vivida*, en *El segundo sexo*.

13 Simone de Beauvoir no utilizó el término *género*, concepto que aún no estaba presente en la narrativa feminista.

14 Psicóloga, escritora y activista feminista estadounidense, autora de *La mística de la feminidad*, publicado en el año 1963.

15 Escritora, artista y activista feminista estadounidense, autora de *Política sexual*, publicado en el año 1970.

16 Escritora y activista feminista canadiense, autora de *La dialéctica del sexo*, publicado en el año 1970.

las que se promulgó el psicoanálisis, la crítica feminista desarrollada en Estados Unidos en la década de los setenta enfatiza la importancia del lugar que ocupa la mujer en la realidad social, desplazando del análisis la participación de cualquier instancia psíquica en general y del *inconsciente* en particular. En Europa, sin embargo, autoras feministas como Jacqueline Rose<sup>17</sup> recogen el *inconsciente* como hecho psíquico que pone en evidencia la contradicción del sujeto y su escisión estructural, de modo que las mujeres participan de esta quiebra subjetiva cuando intentan habitar el espacio identitario que la sociedad ha destinado para ellas. Desde esta perspectiva el psicoanálisis constituye un válido instrumento no sólo para explicar cómo las mujeres se ubican en un lugar culturalmente asignado, sino, también, da cuenta de la dificultad que dicha operación entraña en el interior del psiquismo desde donde el *inconsciente* se resiste a aceptar el modelo de feminidad asumido por el yo. En este sentido, Rose considera que el psicoanálisis tiene relevancia política para el feminismo y que “llegó a la arena de la discusión en respuesta a las necesidades internas del debate feminista” (Rose, 2020, pág. 84). A pesar del uso político que pueda extraerse de la lectura psicoanalítica del psiquismo, el psicoanálisis, en principio, no es prescriptivo ni valorativo, el feminismo, precisamente porque nace con vocación política, sí formula normas y realiza juicios de valor.

Las críticas y luchas feministas despertadas, directa o indirectamente, al abrigo del auge del estudio de la sexualidad femenina a partir de la segunda mitad del siglo XX, traen consigo múltiples conquistas que propician un cambio inédito en la vida social, política y cultural e inauguran un diálogo crítico que involucrará a la reformulación psicoanalítica iniciada por Jacques Lacan. El psicoanalista francés “intentó retomar los conceptos freudianos de *escisión psíquica* y de *inconsciente* como presión insistente contra la pretensión de lograr una identidad psíquica sexual homogénea y unificada” (Tubert, Deseo y representación, 2015, pág. 21). El deseo *inconsciente*, en tanto efecto de la falta constituyente del sujeto, es el polo que cuestiona la unidad identitaria, la cual es una ficción creada por la ambición de plenitud. Dicha fantasía es abortada por la *ley paterna* con la que se prohíbe el deseo hacia la madre quien, hasta ese momento, abonaba la fantasía de totalidad del niño. Para Lacan el *falo* es la metáfora de esta *ley paterna* y, por tanto, de la falta<sup>18</sup>. El psicoanálisis lacaniano insiste en la imposibilidad de un yo unitario como consecuencia de la escisión estructural del sujeto a través de una dialéctica en la que el *falo* es un elemento discursivo central, hecho que reedita acusaciones de *falogocentrismo*<sup>19</sup> por parte del feminismo a las que se unen las psicoanalistas.

Luce Irigaray considera que, precisamente porque el orden simbólico está condicionado por la sociedad androcéntrica de la que resulta, la verdadera feminidad se encuentra en un lugar pre-simbólico apegado al cuerpo, un cuerpo que es, a su vez, cuna del deseo femenino silenciado. La solución pasaría por crear espacios exclusivamente femeninos al margen de

---

17 Crítica literaria y catedrática londinense.

18 Véase la formulación de estos conceptos en los *Écrits* de Lacan publicados en 1966.

19 Privilegio de lo masculino en la construcción de significado.

una herencia simbólica que obvia la *feminidad*. Aunque la psicoanalista francesa acepta el psicoanálisis como método y como conceptualización del *inconsciente*, su enfoque lleva a posturas que marcan una línea divisoria entre sexos y, por tanto, armoniza con tesis esencialistas que atentan contra la condición de constructo de la diferencia sexual.

Al margen de Luce Irigaray, el feminismo psicoanalítico se divide en dos grandes tendencias que resultan de dos textos cuya relevancia fue más que significativa: *Psicoanálisis y feminismo*, de Juliet Mitchell y *El ejercicio de la maternidad*, de Nancy Chodorow. La primera considera que el *inconsciente* es el único espacio donde se puede rastrear la *feminidad* reprimida. A este "grupo"<sup>20</sup> pertenecen autoras europeas como Jacqueline Rose y Julia Kristeva quien postuló una estancia semiótica, pre-verbal que constituye la "base potencial para un nuevo orden fundado en el reconocimiento (...) de una ética basada en el rechazo de toda identidad fija propuesta o atribuida a las mujeres" (Tubert, *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios*, 1995, pág. 27). A la segunda agrupación pertenecen autoras norteamericanas como Baker Miller, Adrienne Rich, Dorothy Dinnerstein y la propia Chodorow. Todas ellas sostienen que la institución de la maternidad es el resultado de la familia nuclear en la que se crean identidades de género que perpetúan los roles que contravienen la igualdad. En la medida en que dichas instituciones constituyen la principal causa de opresión, es necesario una crianza consciente y compartida que aplaque la herencia androcéntrica y reconsidere el papel de la madre y su valiosa función pre-edípica. Al privilegiar la figura de la madre para esquivar la centralidad del padre propia de la teoría psicoanalítica, estas autoras olvidan que lo que produce efectos en la sexuación es la función simbólica de quienes detentan la posición materna y paterna, y no los personajes reales que desarrollan uno u otro rol.

Para evitar una deriva esencialista de la *diferencia sexual* que desatienda la heterogeneidad en nombre de la igualdad, el presente estado de la cuestión concluye con la conceptualización del género como artefacto que viene a trascender la antinomia igualdad/diferencia, así como con una pequeña introducción sobre el concepto de *interseccionalidad*<sup>21</sup>.

En el contexto americano de los años sesenta y setenta, la lucha social no es ya lucha de clases, sino de identidad: la identidad individual se presenta como motor de la identidad colectiva. Se trata, por tanto, de crear colectividades para la lucha por la emancipación desde un rasgo identitario. La ecuación proletario-patrón se sustituye por las categorías mujer, negro, homosexual, de las que se siguen las consiguientes luchas: feminista, colonial, LGTBIQ+. En los años ochenta, las políticas de la identidad empiezan a presentar dificultades en la medida en que todo rasgo identitario encorseta lo definido y excluye otras posibilidades. En el marco de esta encrucijada se gesta *El género en disputa*, que nace de la necesidad de responder al problema que suscita el feminismo como reivindicación política levantada sobre

---

20 Término entrecorillado por considerarlo una licencia analítica y no la referencia real a un conjunto de pensadoras oficialmente constituido.

21 Término acuñado por Kimberley Williams Crenshaw, académica estadounidense especializada en teoría crítica de la raza y teoría de género.

el sujeto mujer; categoría identitaria que, como tal, es excluyente. En la cubierta de la edición inglesa<sup>22</sup>, aparecen dos criaturas ante las cuales se antoja difícil determinar si son niños o niñas. Su ropa y su aspecto físico contradicen la concepción masculino-femenino e impiden la decantación por uno u otro. La controversia que despierta esta imagen problematiza a la perfección la cuestión del género ya que pone de manifiesto la imposibilidad de dar cuenta de la realidad cuando ésta excede los conceptos normativos con los que habitualmente operamos. La dualidad masculino-femenino restringe otras posibilidades, por eso es necesario ponerla en cuestión. El término disputa puede dar lugar a equívocos en castellano, pues transmite la errónea sensación de que se trata de un debate a duelo por el género cuando, en realidad, se trata de problematizarlo. Aunque Judith Butler inaugura con este libro lo que hoy conocemos como teoría *queer*, y a pesar de las críticas que recibió en el seno del feminismo, se trata de un texto feminista que busca confrontarnos con la idea misma de género con el fin de abrir posibilidades para la emancipación.

Como buena discípula teórica del posestructuralismo francés, Judith Butler rechaza todo esencialismo, es decir, no hay esencia sino existencia, no hay naturalezas dadas, sino constructos, no hay sujetos con cualidades preexistentes sino procesos de subjetivación que se dan bajo determinada estructura. El sujeto es, en definitiva, el resultado de dinámicas cambiantes y contingentes. En este sentido, y centrándose en la cuestión del feminismo, Butler suscribe la máxima lacaniana según la cual “no hay la mujer” (Lacan J. , Aun, 2018, pág. 15) o, lo que es lo mismo, la esencia mujer no existe como sujeto identitario anterior a las condiciones bajo las cuales se crea. Como ya señaló Gayle S. Rubin<sup>23</sup>, de la misma manera que Marx afirmó que un negro solo se convierte en esclavo bajo determinadas condiciones de producción capitalista, “una mujer solo se convierte en doméstica, mercancía, conejito de playboy, esposa, o dictáfono humano, en determinadas relaciones” (Rubin, 1986, pág. 96). Este orden de cosas bajo el cual la mujer deja de ser un sujeto para convertirse en un objeto de sometimiento, se llama sistema sexo-género o, lo que es lo mismo, “conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (Rubin, 1986, pág. 97). Gayle Rubin desnaturaliza el género al concebirlo como un constructo social (masculino/femenino) erigido sobre una base biológica (hombre/mujer). Judith Butler da un paso más al desnaturalizar también el sexo: la diferencia anatómica/genital está inscrita en el lenguaje y es, por tanto, un producto del discurso. La propia categoría naturaleza que se utiliza para referirse a la *diferencia sexual* está ya inscrita en el habla y, en consecuencia, es producto del lenguaje, es “una formación discursiva que opera como base naturalizada” (Butler, El género en disputa, 2017, pág. 104). No es que no existan cuerpos y genitales, es que el acceso humano a los mismos está mediado por el lenguaje y, en ese sentido, suponen una construcción, no son naturales. El sexo y el género son, por tanto, producto de actos del habla y de prácticas corporales colectivas que duran en el tiempo y se repiten sin que esa repetición

---

22 Véase anexo I 9780415389556

23 Antropóloga cultural y activista estadounidense.

remita a un original. Detrás del *hacer* no hay ningún *ser*, de modo que la identidad de género es una estructura imitativa de carácter contingente cuya "coherencia es una ficción reguladora que se establece como identidad reificada en función de intereses y relaciones de poder" (Tubert, *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios*, 1995, pág. 38).

Judith Butler, en la medida en que recurre a autores como Julia Kristeva, Jacques Lacan o Sigmund Freud, constituye un valioso ejemplo de fecundidad dialógica entre los estudios de género y el psicoanálisis. Sin embargo, y en la medida en que el uso de las categorías psicoanalíticas que la autora lleva a cabo es de carácter cultural, se abre la posibilidad de desatender la imbricación inevitable entre la teoría y la clínica propia del psicoanálisis.

Por último, y tras presentar una sucinta relación histórica entre el psicoanálisis y los estudios de la mujer como un primer momento de la teoría feminista y los estudios de género cristalizados en la obra de Butler como su segundo tiempo, restaría mencionar brevemente otra de las ramas en que se divide la teoría feminista, esto es, el feminismo interseccional. Dicho enfoque consiste en estudiar la *diferencia sexual* articulada con otros sistemas de diferencias socioculturales. La *interseccionalidad*<sup>24</sup> se define como el fenómeno por el cual cada individuo sufre opresión u ostenta un privilegio en base a su pertenencia a múltiples categorías sociales que pueden superponerse dando lugar a un amplio y heterogéneo abanico de discriminaciones o beneficios. El sexo, el género, la raza, la clase social, la procedencia ya no son categorías unitarias y aisladas desde las que analizar la opresión, sino elementos combinables que complejizan la diferencia y dan cuenta de la imposibilidad de reducir la experiencia vivida y subjetiva al estatismo identitario.

### 1.3. Metodología

En la medida en que se trata de un trabajo que pretende describir algunos de los conceptos fundamentales del aparato teórico psicoanalítico, hacerlo a través de un caso clínico paradigmático y medir su actualidad recurriendo a los aportes de la teoría feminista y los estudios de género, se ha llevado a cabo un método de investigación bibliográfico al servicio de la recogida de las bases teóricas más apropiadas para el objeto de la investigación, las cuales han sido extraídas de las fuentes primarias de la teoría psicoanalítica, de las fuentes primarias de la teoría feminista y los estudios de género. Con el fin de aclarar, matizar y, en ocasiones, ampliar, la información aportada por las referencias bibliográficas mencionadas se ha recurrido, también, a fuentes secundarias de las disciplinas teóricas convocadas para la investigación. Las referencias han sido citadas siguiendo el método de APA.

---

24 Término acuñado por Kimberlé Williams Crenshaw.



## 2. Desarrollo

### 2.1. Me llamo Ida. Introducción a *El caso Dora*<sup>25</sup>

Ida Bauer nació en Viena en el año 1882. Tuvo un hermano mayor de nombre desconocido, una madre inamistosa encerrada en la domesticidad y un padre adinerado con tendencia a enfermar llamado Philipp. Sífilis, tuberculosis, desprendimiento de retina, parálisis, son sólo alguno de los episodios que Philipp sufrió y que precipitaron el traslado de la familia a las montañas cuando Ida tenía seis años. Durante más una década, B.<sup>26</sup> fue la residencia alternativa de la familia Bauer y el lugar que permitió entablar una amistad con Hans y Peppina Zellenka. La intermitente indisposición de Philipp despierta en Ida una ternura que reforzó un vínculo ya estrecho y propició en ella una idéntica compulsión a la enfermedad. Con ocho años, y tras una excursión a la montaña, Ida padece una disnea a la que seguirán enfermedades infecciosas transmitidas por su hermano. Cuando Ida cuenta con doce años, su padre sufre un ataque de confusión que Sigmund Freud consigue hacer remitir. Ese mismo año, la niña contrae migraña y tos nerviosa. Ida se resiste a ser tratada por los médicos y se burla de sus vanos esfuerzos por curarla, incluidos los de Freud al que acude por mandato paterno a la edad de dieciséis años. Ese mismo invierno muere la hermana de Philipp, queridísima tía de Ida quien, pocos meses después, sufrirá un ataque de apendicitis y sentirá una virulenta hostilidad hacia su padre. En otoño Ida cumple 17 años y la familia Bauer abandona definitivamente B. Una vez instalados en Viena, la adolescente escribe una nota de suicidio y sufre un ataque de pérdida de conocimiento. Horrorizado, Philipp obliga a su hija a asistir nuevamente al consultorio de Freud, tratamiento que Ida abandona el 31 de diciembre de 1900, tan sólo tres meses después de su comienzo.

Hans Zellenka está casado con Peppina Zellenka. Desde su traslado a las montañas la amistad con la familia Bauer se estrecha. Ida suele pasar largas jornadas con Peppina a la que pronto convierte en cómplice y confesora de su lectura de *Fisiología del amor*<sup>27</sup>. Peppina guarda, también, una cariñosa amistad con Philipp bajo la que se esconde una relación afectiva de la que, en mayor o menor medida, todo el entorno, incluida Ida, tiene conocimiento. Hans es propietario de una tienda en la que emplea a varios trabajadores. Desde allí, los festejos que se celebran en la iglesia de B. se pueden disfrutar con óptima visibilidad, motivo por el que pide a su mujer y a Ida que vayan juntas. Hans precipita la salida de sus trabajadores y retrasa la llegada de su mujer, que consigue que aguarde en casa. Ida acude a la cita. Hans cierra las cortinas, se acerca a Ida apretándola contra sí, y le da un beso. Ida, que en ese momento tiene catorce años, siente asco y sale corriendo a la calle. La escena se silencia y la vida entre las familias Bauer y Zellenka transcurre con normalidad. Dos años más tarde, la convivencia se quiebra. En un paseo por el lago, Hans le hace a Ida un ofrecimiento amoroso del que Ida vuelve a huir. Catorce días más tarde, Ida le cuenta a su madre lo ocurrido. Hans niega el señalamiento

---

25 Véase anexo II con la cronología del caso para su mejor comprensión.

26 Pseudónimo del enclave real en el que transcurrieron los hechos.

27 Obra de neurólogo italiano Pablo Mantegazza, publicada en 1873.

y se defiende acusando a Ida de que, encendida por la lectura de *Fisiología del amor* de Mantegazza, se había imaginado toda la escena. Ida entra en cólera y pide a su padre que deje de relacionarse con los Zellenka, petición a la que Philipp no accede. Un año más tarde la familia Bauer abandona B.

Hans es el señor K. Peppina es la señora K. Ida es Dora.

Dora es el nombre que Freud elige para proteger la intimidad de Ida Brauer con motivo de la publicación de su caso cinco años después de que ésta abandonara el tratamiento. La elección del pseudónimo proviene de Rosa, apodo cariñoso de Regina, una de las hermanas pequeñas de Freud, quien tenía una niñera con el mismo nombre. Para evitar que hubiera dos Rosas en la familia rebautizaron a la niñera con el nombre de Dora. Cuando Freud se enteró, lamentó que la sirvienta no pudiera conservar su nombre y le dio la idea para el pseudónimo de su paciente<sup>28</sup>.

El desarrollo del caso Dora, así como la solución psicoanalítica que Freud presenta, no pueden ser debidamente comprendidos sin poner antes de manifiesto la teoría subyacente<sup>29</sup>, la cual, sin embargo, y por una cuestión económica, no es puesta de manifiesto en su totalidad a lo largo de la descripción que Freud hace del mismo.

### **2.1.1. Traigo malas noticias. Complejo de Edipo, pulsión, represión, inconsciente**

El primer gran modelo de aparato psíquico<sup>30</sup> que propone el psicoanálisis es el que esboza Freud en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* y está formado tres estancias (1. *Consciente* / 2. *Preconsciente* / 3. *Inconsciente*) que forman dos sistemas (1. *Preconsciente-consciente* / 2. *Inconsciente*). El *consciente* es la estancia psíquica perceptiva que está en contacto directo con el mundo externo que el sujeto percibe a través de los sentidos y del cual tiene plena consciencia. Esta estancia está regida por la realidad, la temporalidad y la lógica. El *preconsciente*: es la estancia psíquica cuyo contenido, aunque no está presente en la consciencia, se puede acceder a él con relativa facilidad, sin excesivo coste psíquico. Esta estancia está formada por sentimientos, pensamientos, fantasías, vivencias, etc. que no están presentes en la conciencia pero que pueden rescatarse en cualquier momento. Esto es lo que comúnmente denominamos subconsciente que no es lo mismo que *inconsciente*. Por último, el *inconsciente* es la estancia psíquica cuyo contenido es inaccesible y en él se encuentran tanto las pulsiones que aún no han pasado el filtro de la moralidad ni de la

---

28 Freud explica esta anécdota en *Psicopatología de la vida cotidiana*, publicado en 1901.

29 Dicha teoría (desarrollada en los apartados 2.1.1, 2.1.2. y 2.2.3) se corresponde con obras que Freud publicó con anterioridad al caso Dora. Nos referimos a las siguientes: *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (1893) *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (1896), *La sexualidad en la etiología de la neurosis* (1898), *La interpretación de los sueños* (1900), *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905).

30 Freud formulará un segundo modelo de aparato psíquico (o segunda tónica) en *El yo y el ello*, publicado en el año 1923.

socialización, es decir, impulsos brutos que generan conflictos psíquicos, como los deseos *inconscientes* en forma de representaciones que el sujeto ha necesitado reprimir por ser incompatibles con sus convicciones morales y/o sociales. Esta estancia está gobernada por el placer, todo lo que aquí existe busca su satisfacción e intenta llegar a la conciencia para poder complacerse. No hay lógica, moral, ni temporalidad.

La estancia *consciente* y la *preconsciente* forman un sistema que se llama sistema *preconsciente-consciente*. Entre el sistema *preconsciente-consciente* (correspondiente al *yo* de la segunda tópica) y el sistema *inconsciente* (correspondiente al *ello* de la segunda tópica) existe un conflicto ya que el contenido *inconsciente* siempre va a luchar por salir a la superficie, por satisfacerse, y el sistema *preconsciente-consciente*, sin embargo, siempre va a impedirlo a través de la censura y la *represión*. Como consecuencia de esta censura, el *inconsciente* sólo puede aparecer a la conciencia deformado, disfrazado, irreconocible. Las manifestaciones disfrazadas del *inconsciente* son los *síntomas*, los *sueños*, los *actos fallidos*, los *lapsus*<sup>31</sup> y los *chistes*<sup>32</sup>. La *represión* a la que se acaba de aludir cobra transcendencia psíquica en el *complejo de Edipo*.

El *complejo de Edipo* es una de las piedras angulares del psicoanálisis en la medida en que gracias a la castración que dicho complejo entraña el *yo* deviene sujeto. El *yo*- previo al advenimiento del sujeto "bajo el imperio del principio de placer (...), recoge los objetos ofrecidos en la medida en que son fuente de placer y los introyecta" (Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 1992, pág. 130) y excluye de sí todo aquello que le produce dolor, de esta manera el *yo* primitivo se identifica con la experiencia placentera que la madre, garante de alimento y cuidados, le proporciona. Aunque este *yo* es un todo hedonista sintetizado en y con el *imago primordial*<sup>33</sup> no tardará en advertir la exterioridad del mismo, momento en que surge la otredad y, por tanto, el deseo. Este deseo de fusión incestuoso que el niño/a siente hacia el objeto en que la madre se ha convertido ha de ser prohibido para garantizar su subjetivación, pero la *ley* que dicha prohibición implica no puede ser enunciada por lo deseado, sino por un tercer elemento introducido por la mirada deseante de la madre. En la medida en que el objeto de deseo materno es el padre, será él quien porte la amenaza de castración, advertencia que se vuelve real ante la visión de los genitales de la madre quien, a falta de pene, es detectada como mutilada. La *diferencia sexual* percibida en este primer escenario, o escena primaria, constituye la condición de posibilidad de la aceptación del corte narcisista que la *ley* imprime y la consiguiente asunción de la falta como motor de deseo exogámico, requisitos ambos imprescindibles para la conversión del *yo primitivo* en *sujeto psíquico*.

A la complejidad que el proceso edípico entraña cabe añadirle el coste anímico que este primer golpe narcisista le supone al niño/a cuya estrategia

---

31 Freud teoriza sobre los actos fallidos y los lapsus como formaciones del *inconsciente* en *Psicopatología de la vida cotidiana*, texto publicado en 1901.

32 Freud analiza los chistes en *El chiste y su relación con lo inconsciente*, texto publicado en 1905.

33 *Imago primordial* es la imagen materna omnipotente, la primera con la que el *yo* se identifica.

defensiva determinará la estructura psíquica resultante y condicionará su relación con los otros, con la realidad y con su propio deseo. *Neurosis* (dentro de la cual Freud incluye la *neurosis obsesiva* y la *histeria*), *perversión*<sup>34</sup> y *psicosis* son, en este sentido, el resultado de los diferentes mecanismos utilizados por el sujeto para defenderse de la castración que el paso por el Edipo impone, así como el conjunto de síntomas que los circunscriben. Para comprender mejor la emergencia de la estructura psíquica en general y la histérica en particular, describiremos antes brevemente el concepto de *pulsión* por ser éste “la piel” del aparato psíquico para, después, hacer lo propio con cada una de las estructuras. Freud define la *pulsión* como “un concepto fronterizo entre lo somático y lo anímico, como y un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 1992, pág. 117). En definitiva, una energía interna que ejerce un empuje constante hacia su propia satisfacción, hacia su descarga conforme al principio de placer<sup>35</sup>. Por su cualidad intangible, sólo tenemos noticia de la pulsión a través de sus expresiones: desde el punto de vista físico la pulsión se manifiesta en forma de carga afectiva o monto de afecto, y desde el punto de vista psíquico la pulsión se manifiesta a través de una representación. Carga afectiva y representación son, por tanto, dos dimensiones de un mismo fenómeno. Dada una representación inadmisibles para el sujeto, éste la reprime dejando una huella mnémica en el *inconsciente*, la cual servirá de polo de atracción para resto de representaciones inasumibles.

La *represión* es el *mecanismo de defensa* que el sujeto utiliza para deshacerse de todo aquello que le genera malestar, angustia, por ser incompatible con su moral o con las convicciones sociales establecidas. Todo aquello que el ser humano reprime va a parar al *inconsciente*. El *inconsciente* es, por tanto, el contenedor de lo reprimido, el lugar donde habitan todos aquellos pensamientos que el individuo necesita extirpar para deshacerse de la desazón que le provoca. Reprimida la representación, “la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo. Hasta aquí son iguales los procesos en la *histeria*, en las fobias y en representaciones obsesivas” (Freud, *Las neuropsicosis de defensa*, 1991, pág. 50). Los distintos lugares con los que el monto de afecto errante desvinculado de la representación se conecta, van a dar como resultado distintas sintomatologías. Cuando la carga afectiva se vincula a otra representación, dará lugar a los pensamientos obsesivos propios de la *neurosis*, cuando dicha carga se asocia a una parte del cuerpo, emergen somatizaciones propias de la *histeria* tal y como se describe en el siguiente apartado. Si el monto de afecto se conecta con un objeto, animal o evento, dará como resultado la aparición de diferentes fobias, comunes tanto en la *neurosis* como en la *histeria*. También puede ocurrir que el afecto acéfalo no encuentre asidero, de modo que la carga afectiva quedaría desvinculada, dando lugar a la angustia entendida como un malestar sin causa.

---

34 El tratamiento de la *perversión* será retomado en el apartado 2.2.1.

35 Principio en virtud del cual el conjunto de la actividad psíquica tiende a la disminución de la cantidad de excitación.

### 2.1.2. Ça n'empêche pas d'exister<sup>36</sup>. *Histeria*

Freud tematiza las *neurosis de defensa* y en ellas incluye tanto la *neurosis obsesiva* como la *histeria*. La *histeria*, a su vez, se subdivide en *histeria de conversión* e *histeria de angustia*. En las *neurosis de defensa* el sujeto reacciona a la castración reprimiéndola, pero no erradicándola, quedando ésta, por tanto, operativa en el *inconsciente* como huella mnémica. Como se ha señalado en el apartado anterior, en la *neurosis obsesiva* la carga afectiva vinculada a la representación reprimida se desplaza hacia el pensamiento, de modo “que la lucha psíquica entre la instancia represora y lo reprimido toma forma de pensamiento dubitativo y escrupuloso, sometido a ceremoniales más o menos complejos” (Gómez, 2009, pág. 67). En la *histeria de conversión* la carga afectiva inerva una parte del cuerpo transformando el conflicto psíquico en síntoma físico. Puede suceder, también, que la orfandad del monto de afecto no encuentre refugio generando entonces *histeria de angustia*. Por último, cuando lo que el monto de afecto inviste es un objeto, un animal, o un evento, éste deviene objeto fóbico y puede ser común a todas las *neurosis de defensa*.

Una vez descrita la *histeria* en el marco de las *neurosis de defensa*, así como las categorías psicoanalíticas en ella implicadas, se presenta la descripción del caso Dora, su sintomatología y el análisis clínico llevado a cabo por Freud.

A lo largo de la elaboración de su teoría, desarrollada en paralelo al ejercicio clínico, Freud descubrió que la hipnosis, primera técnica utilizada en el tratamiento de la *histeria*, impedía medir la *resistencia* de la paciente. En la medida en que dicha *resistencia* supone una valiosa pista *inconsciente* que ayuda a desvelar el origen psíquico del conflicto, Freud decidió sustituir la *hipnosis*, en cuyo desarrollo no interviene la consciencia, por la *cura del habla*, en cuyo caso la paciente participa conscientemente dejando ver sus resistencias y, por tanto, las huellas discursivas y comportamentales que guían hacia el origen *inconsciente* del conflicto y, con él, a la pretendida mejoría de los síntomas. En este sentido, cabe indicar, que Dora no fue hipnotizada sino tratada desde la práctica de la *asociación libre* y la interpretación de los sueños las cuales permitieron encontrar núcleos de resistencia que constituyeron una excelente brújula diagnóstica.

#### a. Explicación de los síntomas somáticos

Dora tiene dieciocho años cuando llega a la consulta de Freud con una sintomatología somática compatible con un estado patógeno histérico. Presenta un asco generalizado, incluyendo repugnancia a ciertos alimentos, una presión en el pecho y una aversión a todos los hombres que ve en actitud cariñosa con mujeres. Con independencia del destino que le depare a la carga afectiva divorciada de su representación reprimida, en la *histeria* el conflicto que obliga a la acción represiva es siempre “una vivencia teñida de afecto” (Freud, Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos,

---

<sup>36</sup> Expresión utilizada por Freud, tomada de Charcot, para responder a la incredulidad que despierta su teoría. Dicha incredulidad *no impide que exista* aquello a lo que la teoría apunta, no impide que *las cosas sean como son*.

1991, pág. 32). Un afecto que siempre remite a la sexualidad. Cuando Dora vivió la escena del beso en la tienda tenía catorce años y, por tanto, se encuentra al final del periodo de latencia<sup>37</sup> y, con él, en el límite del inicio de la actividad sexual. Lejos de encontrar satisfacción en aquel acercamiento, Dora sintió un profundo asco. Teniendo en cuenta que Freud considera histérica a “toda persona (...) en quien una ocasión de excitación sexual provoca predominante o exclusivamente sentimientos de displacer” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 66), Freud concluye que, en ese momento, Dora “ya era totalmente histérica” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 66). Aplicando la teoría expuesta al comienzo del presente apartado, para Freud la representación del placer que Dora experimentó con motivo del beso con el señor K. fue reprimida, no así la carga afectiva aparejada, la cual se desplazó de la boca a la garganta, quedando el placer transformado asco general y en rechazo concreto hacia determinados alimentos. Por otro lado, el acercamiento del señor K. en estado de erección ejerció sobre el vientre de Dora una presión cuya representación fue reprimida y el monto de afecto divorciado quedó anclado en el tórax, de ahí el síntoma de la presión en el pecho. Por último, con respecto al horror que siente por los hombres en actitud afectuosa hacia las mujeres, Dora reprime la representación de la escena con el señor K., pero la carga libidinal inviste dicha escena en su totalidad formando, así, una *fobia* como protección a la sensación placentera de la vivencia reprimida.

b. Explicación del reproche – autorreproche hacia su padre y cómo este revela su amor hacia el señor K.

Todo lo que Dora verbaliza está directamente relacionado con el descontento que la genera que su padre no cortase la relación con el señor y la señora K. cuando se lo pidió tras la escena del ofrecimiento amoroso en el lago. Dora atribuye esta negativa a la convicción de que su padre la utiliza como un trofeo que ofrece al señor K. por la tolerancia que éste muestra ante la evidente relación que mantiene con su mujer, la señora K. Partiendo de la convicción clínica de que los “reproches dirigidos a otras personas hacen sospechar de una suerte de autorreproche de idéntico contenido” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 73), Freud llega a la conclusión de que, detrás del afeamiento de la actitud de su padre, Dora esconde un reproche hacia sí misma de contenido similar. El padre de Dora no quería impugnar la conducta del señor K. hacia su hija “para no ser molestado en su relación con la señora K. pero Dora había hecho exactamente lo mismo (...) encubrir las relaciones del padre con la señora K.” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 74) para no ser molestada en su relación con el señor K. En consecuencia, Dora siente una inclinación amorosa por el señor K.

c. Explicación de la tos y la afonía

Dos años después de la escena del beso, el ofrecimiento amoroso del señor K. en el lago propicia la emergencia de una tos nerviosa y una afonía que ya habían aparecido con anterioridad. La anamnesis revela que los ataques de tos, y con ellos, la afonía resultante, aparecen cuando el señor

---

<sup>37</sup> Periodo de inactividad sexual que comienza con el final del complejo de Edipo y concluye en el inicio de la pubertad.

K. se ausenta, hecho que Freud interpreta como una metáfora simbólica del amor que Dora siente hacia él: si no es para comunicarse con su amado, el habla no le sirve, por eso renuncia a hablar a través de la afonía. Con respecto a la tos, ésta persiste en consulta cada vez que Dora nombra a su padre. El hecho de que la tos nerviosa no sea un síntoma inédito, sino la repetición de una dolencia ya sufrida sin causa física aparente, hace que Freud considere necesario “retroceder hacia la infancia para buscar allí influencias que pudieran producir efectos análogos a los del trauma” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 65). La boca es una zona erógena primaria como consecuencia del placer que produce la succión del pecho (o protuberancia artificial similar) en la alimentación. Esta “manifestación sexual infantil (...) no conoce ningún objeto sexual, es autoerótica” (Freud, Tres ensayos sobre teoría sexual, 2012, pág. 61). La acción autoerótica de la absorción adquiere nuevas versiones a lo largo de la vida psíquica y el chupeteo infantil, por un lado, y el sexo oral, por el otro, constituyen claros ejemplos de ello. Dora afirma que acostumbraba a chuparse el dedo pulgar hasta los cuatro o cinco años, momento en que su padre la disuade de esta costumbre. Por otro lado, Dora conoce la relación amorosa entre la señora K. y su padre, pero, también, que éste es impotente. La disfunción sexual de su padre despierta en Dora la posibilidad de otra vía de satisfacción sexual que no fuera el coito, de manera que concluye sin dificultad la práctica de sexo oral con la señora K. La succión de pene se convierte, así, en una fantasía de contenido sexual que tiene el más inocente origen relacionado con el placer autoerótico de la succión del pecho en el lactante. Dicha fantasía es reprimida, pero encuentra una expresión a través del estímulo de cosquilleo de garganta que produce tos. Aunque el síntoma histérico irrumpe en el cuerpo, su repetición requiere de varios significados psíquicos simultáneos. La tos responde, así, a dos fuerzas impulsoras: la primera proviene del deseo sexual *normal* reprimido hacia el señor K. y simula el descontento hacia su ausencia, la segunda procede de la fantasía de felación reprimida y representa “una situación de satisfacción sexual entre dos personas cuyo vínculo amoroso la ocupaba tan de continuo” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 87).

d. Dora reedita su amor edípico hacia el padre para encubrir el deseo hacia el señor K. y hacia la señora K.

El reproche insistente hacia su padre por mantener una relación con la señora K., así como la amenaza de suicidio, sugieren un desafío que contiene la fórmula “o ella o yo” la cual excede los límites de una relación paterno-filial. Dora dramatiza los celos propios que debía sentir su madre, y sufre la tos que representa la fantasía sexual de felación de la que la señora K. Dora presupone ejecutora. “Se identifica con las dos mujeres amadas por el padre: con la que amaba ahora y con la que había amado antes. La conclusión resulta obvia para Freud: se sentía inclinada hacia su padre con mayor medida de lo que sabría o habría querido admitir” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 96). Este vínculo amoroso *inconsciente* constituye la reanimación de un sentimiento infantil fraguado al calor del *complejo de Edipo*. Sin embargo, en la medida en que Dora facilita durante años la relación de la señora K. con su padre, la moción amorosa hacia éste que tuvo que ser necesariamente sofocada, había vuelto a nacer con fuerza. La renovada inclinación hacia el padre es, en realidad, una formación reactiva

al servicio de la defensa de un deseo *inconsciente* opuesto. Freud concluye que la reactivación del amor edípico hacia su padre está al servicio de sofocar dos deseos: el ya anunciado hacia el señor K. y el que siente a hacia la señora K., conclusión que Freud ratifica con la interpretación de los dos sueños que Dora relató en los meses en los que fue psicoanalizada.

### 2.1.3. Fuego camina conmigo<sup>38</sup>. Los sueños de Dora

El *sueño* es, para el psicoanálisis, una excepción cotidiana en la que los deseos reprimidos se presentan en forma de relato oscuro, farragoso, inconexo. Cuando dormimos, los mecanismos de defensa del sujeto, sepultadores de toda representación que genere angustia, se relajan, pero no se desactivan posibilitando así la irrupción enmascarada de lo *inconsciente*. El *sueño* constituye la realización de deseos *inconscientes* y se alimenta de restos diurnos, de estímulos externos e internos, y de aquellas ideas latentes que viven en el *preconsciente* y de las que el contenido reprimido se sirve para intentar presentarse ante la *conciencia*. No obstante, y a consecuencia tanto de la *elaboración onírica* como de la censura que separa el *sistema inconsciente* del *sistema preconsciente*, el contenido reprimido emerge deformado, irreconocible. En el sueño encontramos el *contenido manifiesto*, es decir, aquel juego de imágenes previo a la interpretación, y el *contenido latente*, esto es, la materia bruta del sueño sometida ésta a la *elaboración onírica* en virtud del *proceso primario* en el que se incluyen *condensación* y el *desplazamiento*. Podríamos decir que la *elaboración onírica* transforma el *contenido latente* en *contenido manifiesto*, y la interpretación nos guía del *contenido manifiesto* al *contenido latente*; en ambas operaciones la *condensación* (metáfora<sup>39</sup>) y el *desplazamiento* (metonimia<sup>40</sup>) adquieren un papel predominante en la deformación del contenido *inconsciente*, de modo que debemos conocer su funcionamiento para descifrar los mensajes clínicos que Dora vehicula.

El proceso de *condensación* (metáfora) puede afectar a representaciones de cosas, de personas o de palabras y consiste en que los elementos del *contenido manifiesto* expresan reunidas varias ideas latentes o, dicho de otro modo, "cada elemento del contenido manifiesto remite a varias significaciones latentes y a la inversa: cada idea latente puede llevar a varios elementos manifiestos" (Gómez, 2009, pág. 97). Por su parte, el proceso de *desplazamiento* (metonimia), tiene lugar entre varias representaciones y "provoca un descentramiento del contenido manifiesto con respecto al latente de manera que elementos esenciales del primero están muy lejos de desempeñar tal papel en el segundo" (Gómez, 2009, pág. 99). Digamos que una representación se sustituye asociativamente por otra en virtud no ya de semejanzas de significado, sino en base a criterios de contigüidad.

---

38 Referencia extraída de la película de David Lynch del mismo título producida en el año 1992.

39 En la reformulación freudiana que Lacan lleva a cabo llama metáfora al proceso de condensación.

40 En la reformulación freudiana que Lacan lleva a cabo llama metonimia al proceso de desplazamiento.



Descrito el proceso básico de elaboración onírica, así como los elementos implicados, pasamos a presentar los dos sueños que Dora tuvo en el transcurso de su tratamiento. No obstante, cabe señalar, que los sueños de Dora tienen relevancia clínica en la medida en que a través de su interpretación Freud pone a prueba su recién estrenada teoría onírica. Por este motivo, y dado que el desarrollo exegético de los dos sueños supondría un desvío narrativo con respecto al análisis crítico que se pretende llevar a cabo, se resumirá brevemente las conclusiones del primero de ellos a las que Freud llega en el transcurso de su interpretación por constituir este mayor interés para introducir, después, la formulación del deseo de Dora como una tensión entre el placer y el peligro. Por último, y para terminar el bloque dedicado a la descripción del caso, se expondrá la réplica que sobre el mismo llevó a cabo Lacan.

### Sueño 1

En una casa hay un incendio —contó Dora—; mi padre está frente a mi cama y me despierta. Me visto con rapidez. Mamá pretende todavía salvar su alhajero, pero papá dice: «No quiero que yo y mis dos hijos nos quememos a causa de tu alhajero». Descendemos de prisa por las escaleras, y una vez abajo me despierto (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 105).

Dora tiene este sueño después de la escena del lago, de modo que Freud lo interpreta como una reacción *inconsciente* hacia aquella vivencia. Freud parte de una advertencia popular en virtud de la cual se previene a los niños/as de jugar con fuego para que no se hagan pis en la cama. El fuego implícito en la referencia al incendio apunta, por tanto, a su contrario, el agua. El agua, a su vez, hace referencia a la orina que moja la cama, hecho que los padres suelen evitar despertando a sus hijos/as. Dora padeció de enuresis nocturna a los siete años, trastorno al que sucedió la disnea y la tos nerviosa. Partiendo de la convicción de que los síntomas histéricos “expresan un sustituto de la satisfacción masturbatoria” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 121). Freud considera que Dora practicó la masturbación, hábito que frena en seco tras la co-excitación que despierta en ella escuchar las relaciones sexuales entre personas adultas, y la sustituyó por el asma, figuración del jadeo presente en el orgasmo. El placer sexual que se deriva de la masturbación trae consigo una lubricación vaginal equiparable a mojarse tal y como ocurre con las micciones nocturnas. Por otro lado, en una siesta que Dora se echa en el sofá de la casa de los K. encontró al señor K. a los pies de su cama (tal y como aparece su padre en el sueño) hecho por el que Dora le increpó, acusación a la que el señor K. respondió afirmando que podía entrar en el que era su dormitorio cuando quisiera. Con el pretexto de poder asearse sin interrupciones, Dora le pide a la señora K. la llave del dormitorio con la cual pretende cerrar la puerta para poder acostarse sin que el señor K. aparezca. La llave no está y Dora deduce que ha sido el señor K. quien la ha retirado y que, por tanto, su virginidad corre peligro.

Teniendo en cuenta que Dora tuvo este primer sueño tres días seguidos hasta que abandonaron la residencia del lago, el sueño puede interpretarse como un propósito relacionado con salir de la casa para estar a salvo del señor K. Sin embargo, y como ya hemos señalado al comienzo de este

apartado, un sueño no es la ejecución de un designio, sino la realización de un deseo, de modo que “el designio de huir de la casa no es, en sí, soñable” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 129), y necesita de la colaboración de un deseo infantil. En el sueño, Dora sustituye metonímicamente al señor K. (que estaba a los pies de su cama) por su padre (que también estaba a los pies de su cama en el sueño como cuando la despertaba para que no mojara la cama) evocando una inclinación infantil hacia este. La sustitución del hombre amenazante (señor K.) por el hombre protector (padre) trae consigo un material infantil relacionado con las micciones nocturnas las cuales, a su vez, remiten metafóricamente a la lubricación vaginal propia del placer sexual al que Dora había renunciado. Esta operación no utiliza un material infantil cualquiera sino precisamente aquel que permite reprimir el deseo sexual hacia el señor K. De la misma manera que los padres vienen en auxilio de los hijos para que no mojen la cama, en el sueño Dora evoca a su padre para que la salve de la amenaza que supone el señor K. pero, también, para opacar la tentación sexual que este le despierta.

Sin pretender realizar una interpretación onírica alternativa, para lo cual carecemos de recursos, el primer sueño de Dora pone de manifiesto la dificultad de hacer depender un tratamiento clínico de la sola consciencia de los deseos reprimidos. Si bien convenimos la importancia del psicoanálisis como vehículo para verbalizar aquellos traumas o represiones cuyo abandono supondría poner en riesgo la vida psíquica de los individuos, la desaparición temporal de los mismos no implica, necesariamente, que la circunstancia que propicia su emergencia carezca de significado psíquico y sea, por tanto, susceptible de lectura psicoanalítica. Dora vivió entre finales del siglo XIX y principios del XX, momento histórico en el que, si bien se comienza a tematizar la sexualidad femenina, sigue estigmatizándose socialmente como forma de control reproductivo. En este contexto la pasividad sexual femenina es percibida como un atributo moral que otorga reputación social, e incluso “las feministas del siglo XIX desarrollaron la idea de asexualidad como opción para las mujeres respetables” (Vance, 1989, pág. 11). Bajo unas condiciones socioculturales que reprimen la sexualidad femenina o, en el mejor de los casos, la conciben desde la pasividad, la legitimación del propio deseo sexual entraña una dificultad que deviene oportuno objeto de análisis clínico. Aunque en el transcurso de su desarrollo la teoría feminista ha hecho de la sexualidad privilegiado objeto de estudio, las disputas internas en torno a su tratamiento han despertado intensos debates.

En la década de los ochenta, las guerras del sexo enfrentaron a las feministas abolicionistas y antipornografía, que prevenían a las mujeres de los peligros de una sexualidad construida al abrigo de un sistema androcéntrico y misógino, con las feministas *prosex*, que abogaban por liberar el deseo y promover el placer. Protegerse de la violencia sexual a la que las mujeres han estado tradicionalmente expuestas, propició una estrategia defensiva consistente en renunciar a la satisfacción sexual a través del autocontrol y la vigilancia. No obstante, el peligro sexual se extiende más allá de la violencia. El miedo a la fusión con el otro, a la difuminación del propio cuerpo y de la propia identidad, el miedo a la pérdida de control y a la dependencia, el miedo a las conexiones irracionales con arraigo en la memoria infantil, y el miedo a la propia agresividad, hacen de la sexualidad

sede de múltiples “ansiedades intrapsíquicas” (Vance, 1989, pág. 15). Dada su complejidad, la experiencia sexual no puede englobarse “bajo el rótulo de *enteramente peligrosa* o *enteramente placentera*” (Vance, 1989, pág. 16). El deseo sexual deviene, por tanto, problemático eje de disputa feminista, pero, también, oportuno objeto de convergencia psicoanalítica. La *represión* como operación psíquica que el psicoanálisis descubre queda ciega en el laberinto del *inconsciente* si no acoge las posibles causas extra psíquicas que la motivan. Del mismo modo, buscar un comportamiento sexual políticamente apropiado promueve una *actitud normativa*<sup>41</sup> que atenta contra la espontaneidad de la experiencia sexual, así como contra la problematización de las contradicciones volitivas que la misma entrafia. Por otro lado, si ser mujer ha estado tradicionalmente emparentado con la pasividad, coger las riendas del deseo supone un ejercicio que imprime una dicotomía subjetiva entre el placer y la feminidad. La pregunta *inconsciente* “¿qué es ser una mujer?” que Lacan atribuye a la estructura histórica, adquiere en este punto, y en relación al caso Dora, especial relevancia psíquica y social pues en ella está en juego el estatuto de la feminidad y su precariedad psíquica, pero, también, la relación de la feminidad con la pasividad y el deseo.

#### Sueño 2<sup>42</sup>

Freud lee en el segundo sueño un fuerte sentimiento de venganza de Dora hacia sus progenitores en general, por la coerción que en ella ambos imponían, y hacia su padre en particular por no atender sus demandas de cortar la relación con los K. Con motivo del análisis de este segundo sueño, Freud advierte que Dora tuvo conocimiento de que el señor K. había tenido un acercamiento sexual con su sirvienta. Al poco tiempo, dicha sirvienta fue rechazada por el señor K. motivo por el cual aquella terminó marchándose. La sirvienta le confesó a Dora que el señor K. le había espetado “mi mujer no es nada para mí”, idéntica sentencia que el señor K. formuló a Dora justo antes de que esta le abofeteara en la escena del lago y huyera después. El hecho de que el señor K. utilice con Dora las mismas palabras que usó en el cortejo de su sirvienta y que aquella no confesara la escena del lago ni insistiera en que su padre declinara seguir relacionándose con los K. hasta dos semanas después, hace que Freud llegue a tres conclusiones. Por un lado, ratifica el amor de Dora al señor K. por los celos que esta muestra al escuchar que utiliza con ella el mismo recurso que con la sirvienta. Por el otro, interpreta la demora de la confesión como muestra de la insistencia amorosa que Dora esperaba del señor K. tras propinarle la bofetada. Por último, considera el abandono de la terapia como prueba de una identificación entre él y el señor K. de la que se deduce un vínculo transferencial que se vuelve en contra de la relación terapéutica. Freud admite el error de no haber sabido manejar la contratransferencia.

El adiós de Dora tiene, para Lacan, otra lectura. Al presuponer la heterosexualidad como punto de partida, y, por tanto, insistir en el supuesto amor que Dora le tiene al señor K., Freud opaca la posibilidad de que el amor

---

41 Término acuñado por Alice Echols, académica estadounidense especialista en estudios contemporáneos de género.

42 Véase anexo III.

homosexual hacia la señora K. emerge como señuelo del verdadero deseo *inconsciente* que guía el comportamiento de Dora. El primado del *falo* como único organizador de la sexualidad instala una asimetría simbólica que abre la dicotomía subjetiva consistente en tener (y poder perder) o de no tener (y estar a la espera de) el falo. “Esta falta en el significante para simbolizar positivamente la posición de la niña en el Edipo, es lo que pone en marcha la pregunta por la feminidad” (Vucínovich, 2015, pág. 363). No hay simbolización del sexo de la mujer en cuanto tal o, lo que es lo mismo, “la niña no se puede encarnar en ninguna parte de ella misma” (Beauvoir, 2005, pág. 351) hecho que precipita la pregunta por la *feminidad*. La pregunta *inconsciente* de la estructura histórica consistiría, por tanto, en la fórmula lacaniana “¿qué es ser una mujer?”. En este sentido, y en la medida en que la señora K. despierta el deseo de los hombres que la rodean, la señora K. se convierte en objeto libidinal que aglutina dos fines: la comprensión de la feminidad y la consiguiente aceptación de la posición de objeto deseado, la cual, a su vez, le permitirá asumir el deseo que el señor K. siente hacia ella y darle respuesta. Esta estrategia *inconsciente* solo es válida en la medida en que el señor K. desea a la señora K., de modo que, cuando el señor K. afirma “mi mujer no es nada para mí”, el señor K. deja de ser útil y Freud, al que Dora había emparentado con aquel, también. Freud “vuelve demasiado constantemente sobre el amor que el Sr. K inspiraría a Dora” (Lacan J. , 2003, pág. 213), motivo por el cual Freud termina también “abofeteado”, impidiéndole a Dora agotar el sentido de lo que buscaba en la señora K.

El fracaso de Freud con Dora nos invita a pensar en la posición del analista y su inevitable falibilidad. La lectura detenida del caso imprime la sensación de una insistencia discursiva que deja a la paciente sin mucho margen de réplica, taponando así el deseo de saber y la responsabilidad ética resultante. Aunque las metáforas con las que trabaja el psicoanálisis se han extendido con facilidad a través de la clínica, únicamente los especialistas están capacitados para llevar a buen puerto el desciframiento del *inconsciente*. Aunque inevitable, no deja de ser problemático que el *inconsciente*, es decir, aquello que, por definición, es inaccesible, pueda ser leído por un tutor clínico. En este sentido, “al psicoanalizado no le queda más elección (si no quiere romper el contrato implícito que le permite comunicarse y del que tiene necesidad) que intentar decir lo que se quiere que se diga” (Wittig, 2006, pág. 50) y arriesgarse a que cada negativa sea tomada como una resistencia y no como un desacuerdo con la propuesta interpretativa. Si bien es cierto que la transferencia supone una pieza que pone de manifiesto la honestidad intelectual del psicoanálisis como clínica que se hace cargo de una dimensión desatendida por otras terapias, la problemática que trae consigo en la relación con el paciente inspira una reflexión en torno a las relaciones de poder dentro del consultorio. El propio Freud afirma la existencia de una “ciega dependencia y permanente cautiverio del enfermo respecto al medio” (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 163). La reflexión en torno a esta transitoria servidumbre voluntaria que se revela en la clínica y que parece inevitable para la dirección de la cura, excede los límites del presente trabajo.

## **2.2. Sexo, luego existo. Introducción a la diferencia sexual**

La lectura clínica de Dora se sostiene sobre la base de la universalidad del Edipo. Presuponer el lazo libidinal temprano de la niña hacia su padre

condiciona el marco hermenéutico desde el que se interpretan los síntomas de la paciente. Tanto en el año en el que Freud atiende a Dora (1900) como en el año de la publicación del caso (1905) Freud ya había escrito *La interpretación de los sueños* (1900) y, por tanto, había expuesto un primer esbozo del aparato psíquico y su teoría del *inconsciente*. También había publicado *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905) donde defiende su tesis sobre el *polimorfismo sexual*, expone su teoría acerca del desarrollo de la sexualidad infantil y sus etapas, y formula el *complejo de Edipo*. Aunque, como vemos, las categorías psicoanalíticas explicitadas en el apartado 2.1.1 ya habían sido teorizadas y expuestas en el momento en el que Freud atiende Dora y, por tanto, constituyen el suelo teórico desde el que se interpreta el relato de la paciente, el movimiento feminista levantado por las sufragistas, así como el nuevo interés que dicho movimiento despierta en torno a la sexualidad femenina, fuerza a Freud a repensar el Edipo desde la especificidad anatómica del cuerpo de la niña. Si, hasta ese momento, el complejo de Edipo se inscribía en la fase genital de la sexualidad y dicha fase se suponía idéntica tanto en el niño como en la niña, la atención hacia la materialidad de la anatomía de la niña hace que Freud tenga dificultades para poder explicar el Edipo femenino, obstáculo que le empuja a introducir una nueva *fase fálica* formulada en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924). Aunque con dicha fase Freud viene a dar cuenta de las diferencias entre el Edipo de la niña y el niño, establece una asimetría en el desarrollo sexual infantil que privilegia la potencia simbólica del pene. En *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) considera que el Edipo en la niña requiere un esfuerzo mayor que en el niño ya que aquella debe cambiar el órgano sexual rector que pasa del clítoris a la vagina. Esta transformación está condicionada por la lectura de los pares masculinidad/feminidad como actividad/pasividad, así como de la presuposición de la heterosexualidad como punto de partida. De dicha distinción con tintes biologicistas depende la operatividad del Edipo y, por tanto, toda la trama conceptual que resulta de él. Por otro lado, el Edipo femenino conceptualizado en los textos referenciados es crucial para comprender *Sobre la sexualidad femenina* (1925) conferencia que nos llevara a problematizar las salidas del Edipo femenino, así como el concepto mismo de *feminidad* que se desprende de la teoría freudiana.

### **2.2.1. Eres diverso, eres perverso. La sexualidad polimorfa originaria.**

Al abrigo de las tesis defendidas por Freud en *Tres ensayos sobre teoría sexual*, la sexualidad humana no es instintiva, de manera que su objetivo no es la cópula con fines reproductivos para la que sería necesaria la elección obligatoria de un objeto heterosexual. Desde este punto de vista no hay, en el ser humano, una sexualidad normal que siga la pauta biológica, sino una sexualidad perversa originaria que se desvía de los fines naturales. El *complejo de Edipo* se erige aquí como garante del acceso a la normativización que la cultura exige, esto es, la asunción de la *castración* y la aceptación de la prohibición del incesto. El Edipo es, también, cincel del polimorfismo sexual originario característico de la infancia. Conviene aclarar que la *perversión* a la que apunta Freud, y que está relacionada con prácticas sexuales no reproductivas y, por tanto, no necesariamente heterosexuales, se distingue, de la *perversión* como estructura psíquica siendo esta su continuación. En

este sentido, el perverso no se hace, sino que sigue siéndolo; en la estructura psíquica perversa el sujeto hubiera preferido no percibir los genitales femeninos de la madre por ser estos la encarnación de una castración a la que no quiere enfrentarse, de modo que reniega de ella: “el varoncito rehusó darse por enterado de un hecho de su percepción, a saber, que la mujer no posee pene (...) si la mujer está castrada, su propia posesión de pene corre peligro, y en contra de ello se revuelve la porción de narcisismo” (Freud, El fetichismo, 1991). El mecanismo de defensa frente a la castración es, por tanto y en el caso de la perversión, la *desmentida*. Por último, al no reprimir la representación intolerable, como sucedía en la neurosis, el conflicto psíquico del perverso se juega entre la percepción renegada de los genitales maternos y el deseo de no haberla visto, escisión psíquica que encuentra alivio en la elección de un objeto *fetiché* o de un objeto homosexual como posibles soluciones de compromiso, salidas ambas contempladas por Freud como desviación con respecto al fin sexual en el caso del fetichismo y desviación con respecto al objeto sexual en el caso de la homosexualidad masculina.

Aunque siguiendo la lógica de la perversión, la homosexualidad femenina también se desvía de los fines sexuales reproductivos, esta no es explicada desde la perspectiva de la estructura perversa, sino como una solución de compromiso ante la envidia de pene que el paso por el Edipo femenino imprime en la niña, descripción que se desarrolla en el apartado 2.2.2.

Freud considera que “todo individuo es capaz de una elección homosexual de objeto” y, por tanto, constata la “impropiedad de emplear el término perverso en un sentido peyorativo” (Freud, Tres ensayos sobre teoría sexual, 2012). Sin embargo, la carga estigmática de la palabra *perversión* opera en contra de la tradición psicoanalítica. A finales del siglo XIX, el sexólogo alemán Richard Von Krafft-Ebing<sup>43</sup> emparenta enfermedad con *perversión* al considerar “como patológicas las sexualidades que se apartan de la función sexual reproductiva y de la relación heterosexual” (Sáez, 2008, pág. 39). El uso de esta herencia terminológica, con el peso semántico peyorativo correspondiente, unida a la adherencia homófoba de las tesis de Adler por parte de cierto sector psicoanalítico norteamericano, propició que la institución psicoanalítica se desarrollara “en dirección opuesta al potencial crítico que encerraban los planteamientos freudianos” y derivó en una “práctica y teorización cada vez más moralizante, heterocentrada y normalizadora” (Sáez, 2008, pág. 38). El inicio de esta tradición homófoba dentro del psicoanálisis se encuentra en la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) en cuyo seno se planteó el debate sobre si aceptar o no a los homosexuales como psicoanalistas. Apoyado por Freud, Otto Rank aboga por incluirlos en función a criterios exclusivamente profesionales. Los berlineses proponían la exclusión de los homosexuales de la práctica clínica, postura capitaneada por Ernst Jones<sup>44</sup> que se terminó imponiendo. Como consecuencia de esta deriva homófoba, los homosexuales que querían psicoanalizarse “eligieron divanes menos represivos” (Roudinesco, 2002, pág. 17) y Lacan se alejó de los presupuestos de la IPA entre los cuales se incluía la duración de las

---

43 Autor de *Psychopathia sexuales*, obra publicada en el año 1886.

44 Psicoanalista inglés fundador de la Asociación Psicoanalítica Americana.

sesiones. Por este motivo, Lacan fue definitivamente expulsado de la IPA en 1963. Un año después fundó la Escuela Freudiana de París (EFP).

La formulación freudiana acerca de la disposición polimorfa originaria constituye un nuevo marco teórico que permite ampliar la percepción sexualidad con respecto a la tradición. Sin embargo, la estigmatización de lo homosexual como perversión, la referencia a un desarrollo normal y anormal de la sexualidad, así como el olvido de la bisexualidad original a causa de una teoría del desarrollo orientada por el criterio de la heteronormatividad, suponen un escollo que resulta conveniente problematizar.

### 2.2.2. ¿Acaso soy una mujer?<sup>45</sup> *Feminidad*

Como consecuencia de la emergencia de los movimientos feministas de comienzos de siglo XX, Freud comienza a investigar sobre la especificidad del Edipo de la niña. La *amenaza de castración*, que supone la antesala para la aceptación de la *ley paterna* y, por tanto, es decisiva para la finalización del *complejo de Edipo*, se antoja inoperativa en la niña por no poseer un pene susceptible de pérdida. Por este motivo Freud lleva a cabo una reelaboración de la *fase genital*. Como sabemos, las zonas erógenas que se van sucediendo en el desarrollo sexual infantil están condicionadas por el estímulo excitante que reciben o experimentan. Como consecuencia del estímulo proveniente de la micción, el clítoris en la niña y pene en el niño sienten una agitación que las convierte en zonas erógenas que, posteriormente, constituirán el verdadero aparato sexual. Hasta aquí el desarrollo sexual infantil era análogo en el niño y en la niña. Sin embargo, “el niño progresa hasta una fase en que los genitales ya han tomado sobre sí el papel rector. Pero son sólo masculinos pues los femeninos siguen sin ser descubiertos” (Freud, El sepultamiento del complejo de Edipo, 1992, pág. 182). El niño, abierto ya a la *amenaza de castración*, está en condiciones de consumir el Edipo, la niña, sin embargo, que se percibe a sí misma como castrada, alberga la esperanza de restaurar el miembro perdido que el clítoris representa e inaugura, así, una actitud de espera hacia el padre del que anhela recibir un pene y, en último término, un hijo. Deseos ambos que permanecen en el *inconsciente* y que condicionarán, como veremos, las distintas salidas del Edipo femenino.

Esta nueva versión del desarrollo genital trae consigo la sistematización del Edipo femenino cuya prehistoria es contemplada como el tiempo en el que la niña cambia a la madre como objeto libidinal primario y, en su lugar, toma al padre, hecho que implica, un cambio del órgano sexual rector que pasa del clítoris a la vagina. “El clítoris de la niña se comporta al comienzo en un todo como un pene” (Freud, El sepultamiento del complejo de Edipo, 1992, pág. 185). Y Freud añade: “el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea” (Freud, Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre sexos, 1992, pág. 273). El clítoris se presenta como la parte activa/masculina de la niña cuya estimulación es censurada por la madre. Esta prohibición materna unida al menosprecio a lo femenino que la envidia de

---

45 Guiño a la conocida pregunta “¿acaso no soy una mujer?” que Sojourner Truth formuló retóricamente en su conocido discurso del mismo título.

pene provoca, produce en la niña un debilitamiento de la ligazón-madre originaria que favorece los impulsos sexuales pasivos e inaugura, por un lado, la transición al objeto paterno y, por el otro, la apertura a su *feminidad*.

La *feminidad* fue analizada por Freud en *Sobre la sexualidad femenina*, conferencia de 1931 donde insiste en la idea de que la vida sexual de la mujer se divide siempre en dos fases: la primera (vinculada al clítoris) es de carácter activo/masculino, mientras que la segunda (vinculada a la vagina) es de carácter pasivo y específicamente femenina. Dichas fases son paralelas al cambio de objeto libidinal que pasa de ser la madre al padre. Aunque queda explicado que la madre, garante de cuidados y alimentación, es el objeto libidinal primario tanto en el niño como en la niña, Freud no explica cuál es la causa por la que el desarrollo sexual femenino, que conlleva un cambio de órgano rector, precisa, también de un cambio de objeto o, más bien, por qué este cambio de objeto no ocurre también en el niño. En cualquier caso, el Edipo masculino concluye con la amenaza de castración, el *complejo de Edipo* femenino empieza con la castración y la sensación de inferioridad que provoca en ella. "Pero se rebela, así mismo contra este desagradable estado de cosas" (Freud, *La sexualidad en la etiología de la neurosis*, 1991, pág. 158), actitud de la que parten tres vías:

- a. Suspensión de toda vida sexual. Promovida por la comparación con el varón renuncia a su actividad fálica, es decir, a su masturbación clitorídea.
- b. Autoafirmación de la masculinidad. Inspirada en la esperanza *inconsciente* de obtener un pene.
- c. Actitud femenina *normal*<sup>46</sup>. Resultado de tomar al padre como objeto alcanzando así "la forma femenina del complejo de Edipo" (Freud, *Sobre la sexualidad femenina*, 2012, pág. 158)

Freud no esclarece si este análisis de las tres salidas femeninas del Edipo esconde una descripción o una prescripción, de modo que cabría preguntar si considera patológicas las dos primeras, esto es, la inhibición de la sexualidad y la homosexualidad femenina. Tampoco esclarece en qué consiste la auténtica feminidad que propone como tercera vía. En cualquier caso, la propuesta freudiana de feminidad normal emparentada a la pasividad sexual que permite la elección de un objeto masculino y, por tanto, posibilitador del coito vaginal, impide una combinación armónica entre feminidad y homosexualidad. En 1978, durante la conferencia anual de la Modern Language Association en Nueva York, Monique Wittig pronunció su conferencia titulada *El pensamiento heterosexual* que concluyó con la frase "las lesbianas no son mujeres" (Wittig, 2006, pág. 58). Esta sentencia encierra un desafío al feminismo por asumir acríticamente los conceptos *hombre* y *mujer* sin problematizar el imperativo heterosexual implícito, de modo que apelar al lesbianismo tambalea un punto de partida susceptible de revisión. No se trata de sustituir mujer por lesbiana sino de utilizar la potencia subversiva del lesbianismo para desvelar el carácter contingente de la heterosexualidad obligatoria. Para

---

46 Normal quiere decir aquí atendida a los modos de satisfacción pasivos.



Wittig “rechazar convertirse en heterosexual (...) ha significado siempre, conscientemente o no, negarse a convertirse en una mujer o en un hombre” (Wittig, 2006, pág. 37) o, dicho de otro modo, la homosexualidad rechaza los constructos interesados derivados de la *diferencia sexual* y, con ello, rompe la continuidad entre el sexo, el género y el deseo.

Volviendo al caso Dora, y teniendo en cuenta las consideraciones acerca del abandono del ejercicio de la masturbación, podríamos decir que la niña sale del Edipo por la vía de la renuncia a la actividad sexual. Sin embargo, y tal y como el propio Freud defiende, Dora tiene poderosos deseos homosexuales compatibles con la segunda vía y una inclinación hacia el objeto padre y el señor K. que armonizaría con la tercera opción. Dora desborda las categorizaciones al respecto de la *diferencia sexual* y es por ello, que resulta un valioso relato psicoanalítico que demuestra la imposibilidad de habitar el género asignado sin fisuras ni escisiones.

### 2.2.3. No sufras, Judith. El género melancólico

En *Tres ensayos sobre teoría sexual* Freud introduce, por un lado, la hipótesis de la *predisposición bisexual originaria* y, por el otro, el concepto de pulsión sexual, la cual admite fines (modos de satisfacción) activos y pasivos. En una nota al pie añade lo siguiente: “Los conceptos masculino y femenino (...) se usan, en efecto, unas veces como equivalentes a las ideas de actividad y pasividad; otras en un sentido biológico, y otras, en fin, en un sentido sociológico. La primera de estas significaciones es la esencial y la única utilizable en el psicoanálisis” (Freud, *Tres ensayos sobre teoría sexual*, 2012, pág. 196). La hipótesis de la *disposición bisexual originaria* permite pensar al ser humano desvinculado de destinos sexuales condicionados por la biología y, sin embargo, los pares masculinidad-actividad y feminidad-pasividad (que repercuten de manera decisiva en la operatividad del Edipo) sólo funcionan desde la perspectiva de una sexualidad “normal” vinculada al coito y, por tanto, heterosexual. Existe, por tanto, una confusa tensión entre la disposición primaria y la identificación resultante. Si para el psicoanálisis freudiano, del que el caso Dora es una muestra, concibe la posición sexual subjetiva como una identificación que resulta de las disposiciones sexuales originarias pasadas por el filtro del complejo de Edipo, pero dichas disposiciones parecen marcadas, de entrada, por la heterosexualidad, ¿qué estatuto conserva la bisexualidad originaria? En el caso concreto de la *feminidad*, ¿qué parte le corresponde a la disposición fundacional y cuál es la consecuencia de la identificación? En un diálogo teórico con Freud inaugurado en uno de los apartados de *El género en disputa*, Judith Butler detecta la presuposición de una matriz heterosexual de deseo para cuya explicación recurre a la propia teoría psicoanalítica.

A pesar del polimorfismo sexual de partida, el factor determinante en la identificación final es, para Freud, “la fuerza o la debilidad de la masculinidad y feminidad en su disposición” (Butler, *El género en disputa*, 2017, pág. 142), de modo que la bisexualidad es comprendida como disposición (femenina/masculina) que admite un correlato intencional (objeto de deseo masculino/objeto de deseo femenino). En la disposición originaria existen, por tanto, dos deseos heterosexuales simultáneos que se atraen,

pero no un deseo homosexual. ¿Por qué no constituye la homosexualidad un punto de partida desiderativo en la formación de la subjetividad?

En *Duelo y melancolía* Freud describe dos procesos de pérdida de objeto amoroso. A diferencia del doliente, el melancólico presenta un continuo autorreproche que esconde una introyección del objeto perdido. Las críticas que el melancólico se dirige hacia sí mismo “proceden del pro y el contra del combate amoroso que ha conducido a la pérdida erótica” (Freud, *Duelo y melancolía*, 2002, pág. 237) de modo que, en el fondo, son reproches contra el amado, quien queda instalado en el yo. Con esta operación, el melancólico mitiga la pérdida y obtiene tiempo para solventar la ambivalencia subyacente que alimenta el conflicto. El melancólico cimenta la quiebra de la pérdida del objeto introyectándolo en su conciencia moral, de mismo modo que el niño tapona la falta originaria que impone el paso por el Edipo, con un *ideal del yo* moralmente crítico. Judith Butler emparenta este proceso con el proceso de identificación del género, de modo que dicha identificación “es una suerte de melancolía en la que el sexo del objeto prohibido se interioriza como una prohibición” (Butler, *El género en disputa*, 2017, pág. 147). La consecuencia de esta sanción, es decir, la heterosexualidad, no está originariamente asociada a la disposición sexual, sino que le viene impuesta desde el exterior a través del *tabú de la homosexualidad*. Dicho tabú genera disposiciones heterosexuales mediante las cuales posibilita el conflicto edípico. Las disposiciones freudianas primarias son, por tanto, efectos de una “ley represora que engendra heterosexualidad” (Butler, *El género en disputa*, 2017, pág. 151) y no la pieza fundacional de partida del dimorfismo sexual.

A pesar de la potencia subversiva de la teoría del polimorfismo sexual originario, la lectura que Freud realiza sobre los pares masculino y femenino vinculados a la actividad y pasividad, y por tanto el corpus teórico desde el que interpreta a Dora, armoniza con un tabú de partida que sanciona la homosexualidad. Dicha prohibición, unida al tabú del incesto, condiciona el proceso simbólico de identificación de género resultante.

### 3. Conclusiones

El caso Dora constituye un relato paradigmático de histeria que contiene un frondoso aparatage psicoanalítico bajo cuyo suelo descansa la diferencia sexual. Aunque la intención de Freud al publicarlo fue exponer la sintomatología histérica a la luz del tratamiento de una paciente real y poner a prueba su recién estrenada teoría acerca de la interpretación de los sueños, la clínica aportada contribuye al refinamiento psicoanalítico posterior. Por otro lado, la huida de Dora no sólo pone de manifiesto una torpeza transferencial de la que Freud extraerá un útil aprendizaje, sino, también, la dificultad que entraña encajar en el binomio del dimorfismo sexual, la artificiosidad de la identidad de género, así como el coste psíquico resultante.

Dada la inclinación temática y la vocación crítica que psicoanálisis, teoría feminista y estudios de género comparten, y en la medida en que en Dora convergen aspectos fundamentales de los sujetos que dichas disciplinas tematizan, el intento de diálogo iniciado en el presente trabajo constituye un ejemplo de cruce disciplinar inevitable. El psicoanálisis como teoría psíquica, cultural y método clínico, puede beneficiarse del conocimiento de las mutaciones de la sociedad que propician o inhiben acciones represivas que modifican el contenido *inconsciente* y para cuya explicación las investigaciones de la teoría feminista y los estudios de género suponen un valioso material. Por otro lado, la teoría feminista y los estudios de género pueden encontrar en el psicoanálisis un jugoso corpus teórico que facilita la comprensión de la imposibilidad de encerrar al sujeto y su escisión constituyente en una cápsula identitaria por más que esta sea estratégicamente valiosa y útil para la acción política.

Las cuestiones que la elaboración del presente trabajo despierta y que pueden motivar investigaciones futuras, son las siguientes:

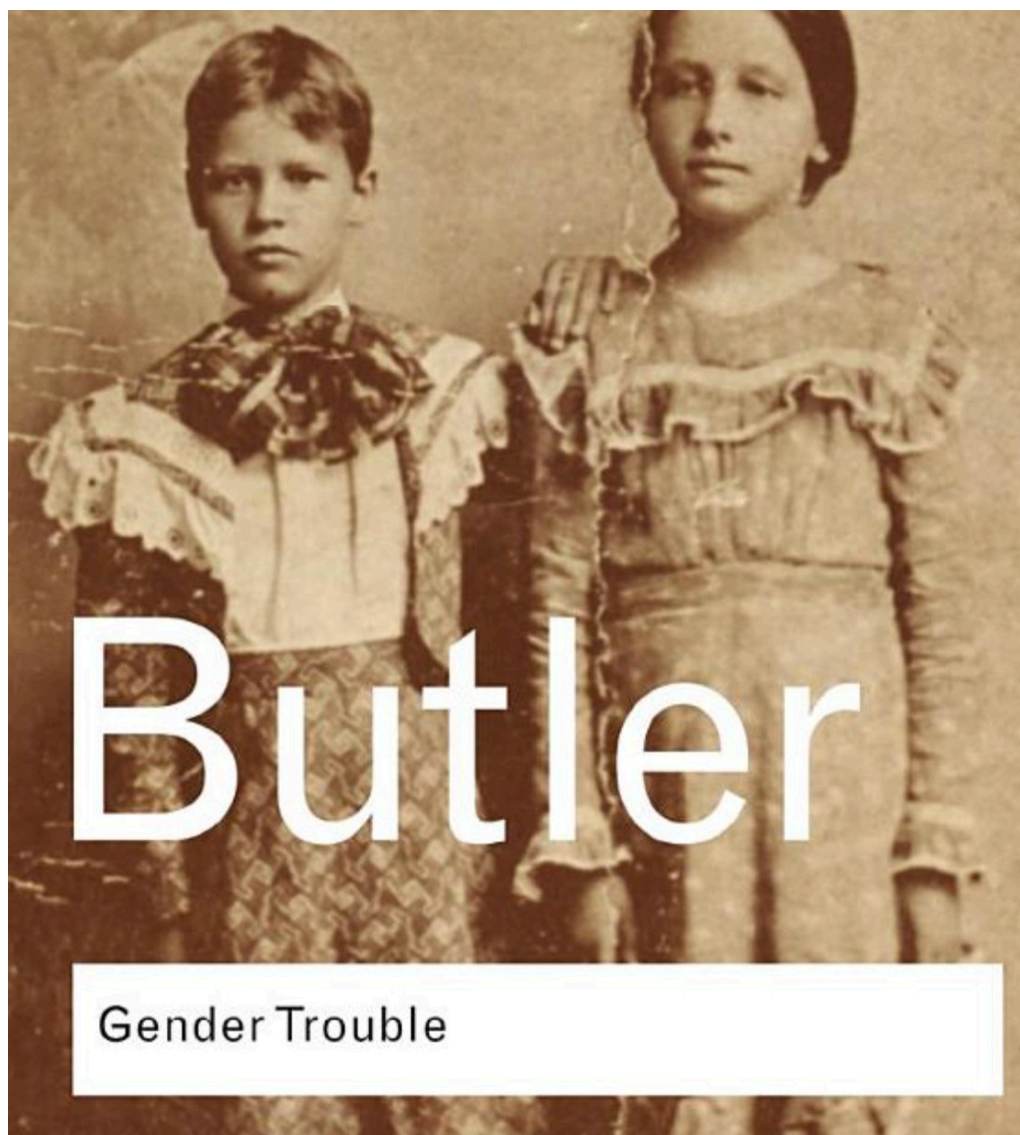
- a. En virtud del desarrollo sexual infantil propuesto por Freud, aunque el niño se ahorra las consecuencias psíquicas que la *envidia de pene* entraña, comparte con la niña el mismo menosprecio hacia lo femenino, en este sentido: ¿cómo explica Freud que el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto madre no ocurran también en el niño?
- b. Si el Súper-yo es el heredero del *complejo de Edipo*, y dicho complejo presenta diferencias en el niño y en la niña, ¿existen diferencias, también, entre el Súper-yo masculino y el femenino?
- c. Aunque el psicoanálisis postula que el sujeto sexuado es el resultado de una operación simbólica, en dicha operación está implicada la materialidad del cuerpo. ¿Cómo dar cuenta de esta tensión sin caer en esencialismos?, ¿qué tiene que decir el psicoanálisis al respecto del cuerpo trans?
- d. La *transferencia* es una potente herramienta clínica que interviene decisivamente en la relación terapéutica. Sin embargo, alberga una relación de poder. ¿Cómo resolver la tensión entre la voluntad de autonomía que la cura analítica busca y el auspicio paternalista que

el analista representa?, ¿puede la teoría feminista y los estudios de género auxiliarnos en el desbloqueo de esta contradicción?

- e. ¿Es posible que el psicoanálisis actualice las problemáticas categorías sobre las que se erige sin disolverse como saber psicológico de alcance cultural?
- f. En la medida en que los sujetos sexuados están estructuralmente atravesados por el deseo, se antoja oportuna una investigación analítica de la dimensión desiderativa con una perspectiva de género que permita resolver asuntos contemporáneos como la tensión entre el deseo y la voluntad o entre el deseo y el consentimiento. ¿Pueden los conceptos de *pulsión de muerte* y *goce*, propios de la teoría psicoanalítica, ser útiles a este respecto?

## 4. Anexos

Anexo I. Cubierta de la primera edición de *Gender Trouble*



## Anexo II. Cronología del caso Dora

<i>Año</i>	<i>Edad de Dora</i>	
1882		Nacimiento de Dora.
1888	6 años	El padre enferma de tuberculosis. La familia se traslada a B.
1889	7 años	Enuresis.
1890	8 años	Disnea.
1892	10 años	El padre sufre un desprendimiento de retina.
1894	12 años	El padre sufre un ataque de confusión y es atendido por Freud. Migraña y tussis nervosa en Dora.
1896	14 años	Escena del beso.
1898	16 años	(A comienzos del verano:) Dora acude por primera vez al consultorio de Freud. (A fines de junio:) Escena en el lago. (Invierno:) Muere la tía de Dora, quien reside a la sazón en Viena.
1899	17 años	(Marzo:) Apendicitis. (Otoño:) La familia abandona B. y se traslada a la ciudad donde se hallaba la fábrica del padre.
1900	18 años	La familia se traslada a Viena. Intento de suicidio. (De octubre a diciembre:) Tratamiento con Freud.
1901		(Enero:) Redacción del historial clínico.
1902		(Abril:) Última oportunidad en que Dora acude al consultorio de Freud.
1905		Publicación del historial clínico.

### Anexo III. Sueño 2

Ando paseando por una ciudad a la que no conozco, veo calles y plazas que me son extrañas} Después llego a una casa donde yo vivo, voy a mi habitación y hallo una carta de mi mamá tirada ahí. Escribe que, puesto que yo me he ido de casa sin conocimiento de los padres, ella no quiso escribirme que papá ha enfermado. «Ahora ha muerto, y Sí tú quieres-puedes venir». Entonces me encamino hacia la estación ferroviaria y pregunto unas cien veces: «¿Dónde está la estación?». Todas las veces recibo esta respuesta: «Cinco minutos». Veo después frente a mí un bosque denso; penetro en él, y ahí pregunto a un hombre a quien encuentro. Me dice: «Todavía dos horas y media». Me pide que lo deje acompañarme. Lo rechazo, y marcho sola. Veo frente a mí la estación y no puedo alcanzarla. Ahí me sobreviene el sentimiento de angustia usual cuando uno en el sueño no puede seguir adelante. Después yo estoy en casa; entretanto tengo que haber viajado, pero no sé nada de eso. . . Me llego a la portería y pregunto al portero por nuestra vivienda. La muchacha de servicio me abre y responde: “La mamá y los otros ya están en el cementerio (Freud, El caso Dora, 2016, pág. 137).





## 5. Bibliografía

- Beauvoir, S. d. (2005). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- Butler, J. (2017). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2019). *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Cátedra.
- Chodorow, N. (2009). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.
- Firestone, S. (1976). *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Kairós.
- Freud, S. (1991). *El fetichismo* (Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991). La sexualidad en la etiología de la neurosis. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. III, págs. 251-276). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991). Las neuropsicosis de defensa. En S. Freud, *Obras completas* (págs. 41-69). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. III, págs. 157-184). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991). Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. II, págs. 25-40). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre sexos. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIX, págs. 260-276). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). El sepultamiento del complejo de Edipo. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIX, págs. 178-187). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). La represión. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIV, págs. 135-152). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Lo inconsciente. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIV, págs. 153-214). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Pulsiones y destinos de pulsión. En S. Freud, *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIV, págs. 105-134). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2002). Duelo y melancolía. En *El malestar en la cultura* (págs. 231-247). Madrid: Alianza.

- Freud, S. (2012). Sobre la sexualidad femenina. En *Tres ensayos sobre teoría sexual* (págs. 151-177). Madrid: Alianza.
- Freud, S. (2012). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid: Alianza.
- Freud, S. (2016). *El caso Dora. Fragmento de análisis de un caso de histeria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Friedan, B. (2017). *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra.
- Gómez, C. (2009). *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Lacan, J. (1998). Dora y la joven homosexual. En J. Lacan, *Seminario IV. La relación de objeto* (págs. 133-153). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2003). *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2018). *Aun*. Buenos aires: Paidós.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (2018). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Millett, K. (2017). *Política Sexual*. Madrid: Cátedra.
- Rose, J. (2020). *Sexuality in the field of vision*. London: Verso.
- Roudinesco, É. (2002). Psycanalyse et homosexualité: réflexions sur le desir prevers, l'injure et la fonction paternelle. *Cliniques Méditerranéennes*(65), 7-34.
- Rubin, G. S. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política del sexo". *Nueva antropología*, 95-145.
- Sáez, J. (2008). *Teoría queer y psicoanálisis*. Madrid: Síntesis.
- Tubert, S. (1995). Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios. En J. Flax, *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios* (págs. 7-41). Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (2015). *Deseo y representación*. Madrid: Síntesis.
- Vance, C. S. (1989). *Placer y peligro*. Madrid: Talasa ediciones.
- Vucínovich, N. (2015). Dora según Lacan. *Asociación española de neuropsiquiatría*. , 355-366.
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual*. Madrid: Egales .
- Ziga, I. (2009). *Devenir perra*. Tenerife: Melusina.



La presente investigación ha sido elaborada como trabajo final del Máster en Humanidades de la Universitat Oberta de Catalunya.

Defendido en sesión telemática en convocatoria ordinaria de enero de 2023, y obteniendo una calificación final de 9.